

# La actitud que debe tenerse con respecto a la Biblia

Hay muchas diferencias manifiestas entre las iglesias de Cristo y los cuerpos denominacionales. No es nuestro propósito en este momento analizarlas todas, pero sí estudiaremos la diferencia fundamental, que es causa de todas las demás: *nuestra actitud con respecto a la Biblia*. Al discutir la actitud que debe tenerse con respecto a las Escrituras, debemos considerar tres principios. Cuando reconocemos la perfección, la autoridad y el poder de la Biblia, tendremos una mejor comprensión del significado y la importancia de la revelación escrita de Dios.

### SU PERFECCIÓN

La Biblia es toda la voluntad de Dios revelada al hombre. Dios habló, y dijo todo lo que tenía que decir en lo que a revelación adicional se refiere. El hecho de que la Biblia sea perfecta significa que cuando Juan, exiliado en Patmos, escribió el «amén» final y puso a un lado su pluma, el mensaje de Dios se terminó de escribir.

Hubo un tiempo cuando la perfección de las Escrituras, en el sentido que usamos el término, no se podía afirmar. En tiempos veterotestamentarios, Dios estuvo revelando gradualmente Su voluntad, «renglón tras renglón [...] un poquito allí, otro poquito allá» (Isaías 28.10b).

Ni siquiera cuando se terminó de escribir el Antiguo Testamento llegó la revelación de Dios a su culminación. Jesús vino y continuó revelando la voluntad de Su Padre. Él introdujo muchas enseñanzas que no se habían dado antes. «Oísteis que fue dicho [...] pero yo os digo», es una aseveración que ocurre una y otra vez en el Sermón del Monte.

Hacia el final de Su vida terrenal, Jesús dijo: «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar» (Juan 16.12). Todavía habría más revelación. La revelación de Dios no llegó a su culminación en ese momento. Note la afirmación que hizo Jesús después: «Pero cuando

venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad» (vers.º 13a). He aquí una promesa en el sentido de que la revelación llegaría a su culminación en el tiempo de los apóstoles. El Espíritu iba a venir a estos y los iba a guiar a «toda» la verdad (no a «una parte» de esta).

De hecho, el Espíritu vino más adelante a los apóstoles (Hechos 2.4). ¿Los guió Este a toda la verdad? Jesús dijo que lo haría. ¿Lo hizo? Si Jesús fue fiel a Su promesa, entonces sí lo hizo. Esta es la razón por la que Pedro pudo decir más adelante que «todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder...» (2ª Pedro 1.3). Santiago se refirió a la «perfecta ley» (Santiago 1.25). Pablo declaró anatema a quienquiera que se atreviera a predicar un evangelio diferente del que él había predicado (Gálatas 1.8–9).

Sí, los apóstoles fueron guiados a toda la verdad. Jesús fue fiel a Su promesa. La revelación de Dios llegó a su culminación. La confirmación de este hecho demuestra que no se ha dado revelación después de ese tiempo. Esto prueba que son falsas las afirmaciones de los llamados «profetas» de hoy día.

### SU AUTORIDAD

«¿A quién recurrir como fuente de autoridad?» ha sido por mucho tiempo una pregunta prominente en el mundo religioso. Son muchas las respuestas que se han dado y muchas las reivindicaciones de autoridad que se han hecho. Algunos dicen que debemos recurrir a la iglesia, pero no hay un solo pasaje bíblico que enseñe esto. Otros dicen que cada hombre debe seguir lo que le dicta su propia conciencia. La Biblia no enseña esto tampoco. Por el contrario, enseña que esto no se debe hacer (Jeremías 10.23; Proverbios 14.12). Otros creen en concilios, en convenciones y en sínodos. Hay quienes se ciñen al tradicionalismo como modelo de autoridad. Esta fue precisamente una de las prácticas que más implacablemente combatió

Cristo (Marcos 7.7-9).

¿A quién recurrir? Debemos recurrir al único que tiene autoridad, y ese es Jesús (Mateo 28.18). Él tiene «toda autoridad». Esto significa que no le queda ninguna a Moisés, ni a David, ni a Juan el Bautista, ni a la iglesia, ni a los concilios, ni a la conciencia. El Rey Jesús la tiene toda.

Es por Su Hijo que Dios nos habla hoy (Hebreos 1.2). Cuando deseemos resolver algo relacionado con asuntos religiosos, es a Jesús a quien debemos recurrir. No hay otro en quien podamos confiar. Es Su voz la que tenemos que oír y permitir que sea la última que en todo asunto religioso se haya de manifestar.

¿Cómo revela el Rey Su voluntad? ¿Cómo nos habla Cristo? Lo hace por medio de Sus embajadores (2ª Corintios 5.20). Pablo y los demás hombres inspirados eran embajadores, representantes de su Rey. Ellos transmitieron la Palabra de Cristo por el Espíritu Santo que Él les había dado (Mateo 10.20). Representaban a Cristo (Juan 20.20-23; Mateo 19.28). Como ya vimos, fueron guiados a toda la verdad. No sorprende, pues, que las Escrituras que ellos nos dieron, reivindicuen autoridad para sí mismas (2ª Juan 9; Gálatas 1.6-9; 1ª Pedro 4.11). Debemos hablar conforme a «los oráculos de Dios».

Juan expresó el criterio generalizado de los autores neotestamentarios cuando, en la carta que sella el canon del Nuevo Testamento, previno solemnemente contra el añadir o disminuir del libro (Apocalipsis 22.18-19). Hay quienes han dicho que se estaba refiriendo únicamente al libro de Apocalipsis. Aun si así fuera, ese sigue siendo el criterio de la totalidad de las Escrituras. Esta actitud hace que tratemos de hablar donde la Biblia habla, y de callar donde la Biblia calla. Un respeto debido por las Escrituras, no solamente hará que respetemos lo que dicen, sino también lo que callan. En lugar de preguntar: «¿En qué versículo se prohíbe esto o aquello?», más bien preguntamos: «¿En qué versículo se enseña esto o aquello?». Al comprobar esta verdad, de la autoridad de las Escrituras, se demuestra que no tenemos otra fuente a la cual recurrir.

### SU PODER

Es probable que una de las principales razones por las que algunos no han dado cuenta de la perfección y de la autoridad de la Palabra, es que no han podido percatarse del poder de esta. Algunos la han llamado «letra muerta». Contrastando con esta expresión, el autor de Hebreos se refirió a ella como palabra «viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos» (4.12).

La Palabra de Dios siempre ha sido poderosa y capaz de lograr el propósito para el cual Él la dio.

Con la Palabra de Su boca hizo que llegaran a existir mundos. Él sustenta todas las cosas con la Palabra de Su poder (Hebreos 1.3). Cristo habló y los muertos resucitaron; habló y la tempestad se aplacó.

Hoy día consideramos que los documentos escritos de los hombres son más poderosos y vinculantes que sus declaraciones orales; sin embargo, no hay duda de que la Palabra escrita de Dios no es menos poderosa que Su Palabra oral. Su Palabra escrita no crea mundos, y no levanta muertos; pero no fue escrita para tales propósitos. Fue dada para salvar almas (Romanos 1.16; 1ª Corintios 15.1-2; Santiago 1.21). Si la Palabra que Dios habló con el propósito de resucitar muertos, pudo en efecto resucitarlos; entonces la Palabra que Él dio para salvar almas, puede en efecto salvarlas.

La Palabra de Dios alumbra y hace entender (Salmos 119.130). Hace nacer (Santiago 1.18), vivifica (Salmos 119.50) y purifica (Juan 15.3; 1ª Pedro 1.22). Es poder para salvación (Romanos 1.16). Sí, la Palabra puede convertir. Es el poder de Dios para hacer cristianos. Después de llegar a ser cristianos, necesitamos alimento; la Palabra de Dios es ese alimento (1ª Pedro 2.1-2). De hecho, la palabra puede hacer que el hijo de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra (2ª Timoteo 3.16-17).

### CONCLUSIÓN

Los hombres siempre han estado insatisfechos con la Palabra de Dios. Siempre han deseado algo más. El hombre que estaba en el Hades, deseaba que un mensajero fuera de entre los muertos a prevenir a sus hermanos (Lucas 16). Abraham respondió: «A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos» (Lucas 16.29). Hoy día, además de Moisés y de los profetas, tenemos a Cristo y a los apóstoles. Debemos estar satisfechos con su mensaje. En vista de que la Biblia es completa, debemos desechar la «revelación» moderna. La Biblia es nuestra autoridad; por lo tanto, debemos desechar las doctrinas y los mandamientos de los hombres. En vista de que la Palabra de Dios es poderosa, no hemos de andar buscando teorías milagrosas de conversión, que ponen más énfasis en las emociones que en la enseñanza. Hemos de ceñirnos, más bien, al modelo neotestamentario de conversión.

Así como los cielos y la tierra pasarán, también las opiniones y enseñanzas de los hombres; pero la Palabra no pasará (2ª Pedro 3.10; Mateo 24.35). En estos tiempos de cosas transitorias, ¡cuán tranquilizante es saber que podemos ser anclados en lo que perdurará cuando los elementos sean deshechos en intenso calor! ■

Autor: Raymond C. Kelcy

Nombre de la serie: Grandes doctrinas bíblicas

©Copyright 2004, por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados